

Sentir y pensar Cuba desde el Camagüey. Rafael Montoro y la exégesis de “lo cubano”

Rafael Montoro and his interpretation of "cubanía". Camagüey, its feeling and its thinking of Cuba.

Carlos Antonio PÉREZ RODRÍGUEZ
Universidad de Camagüey, Cuba
carlos.perez@reduc.edu.cu

Recibido: 18 abril 2019

Aceptado: 27 mayo 2019

RESUMEN

El presente trabajo se acerca al tema de los estudios del nacionalismo desde las ideas de intelectual cubano Rafael Montoro, ideólogo del Partido Autonomista y firme opositor de la creación de la soberanía nacional cubana, introducidas al debate sobre los valores identitarios que definían el “nosotros” cubano sostenido durante el periodo de posguerra (1878-1895). La atención se centra en la interpretación realizada por Montoro de la historia y la cultura cubanas, a través de la valoración de un grupo de personalidades representativas de la región cultural de Puerto Príncipe (El Lugareño, La Tula, Varona, etc.) representadas como la legítima encarnación de la sociedad y el pueblo de Cuba.

Palabras clave: Rafael Montoro, nacionalismo, Cuba

ABSTRACT

This article studies the ideas of Rafael Montoro, a Cuban intellectual defender of the autonomist ideal, and a firm adversary of the Cuban fight to obtain sovereignty, as an approach to the constitution of the Cuban nationalism. Montoro introduced to debate values that promote a Cuban identity during the postwar period (1878-1895). The attention is centered on Montoro's interpretation of the Cuban history and the Cuban culture, through the appreciation of a group of representative personalities from the cultural region of Puerto Príncipe (El Lugareño, La Tula, Varona, etc.), which represented for him the legitimate incarnation of the Cuban society.

Keywords: Rafael Montoro, nationalism, Cuba

INTRODUCCIÓN

El espacio dedicado a la interpretación de la cultura e historia de Cuba ha recibido en las últimas décadas el influjo renovador de una serie de estudios donde los “nuevos”¹ modos de aproximación así como la gama temática han enriquecido el panorama historiográfico insular. El nacionalismo ha sido uno de esos campos fructíferos,² debido,

¹ Las comillas aquí responden al hecho de que la historiografía cubana en no pocas ocasiones incorpora los desarrollos de las ciencias sociales con cierto desfase temporal, además de hacerlo en un ámbito intelectual reducido.

² Se incluyen aquí los estudios de investigadores como Yoel Cordoví Núñez, Félix Julio Alfonso López, Ricardo Quiza Moreno, Pablo Riaño San Marful, Marial Iglesias Utset, entre otros que comparten intereses investigativos y perspectivas teóricas que los identifican como intelectuales pertenecientes a una corriente de renovación de la historiografía cubana.

entre otras razones, a la multitud de dimensiones en las que este complejo proceso sociocultural se manifiesta. El Estado, la escuela, la vida cotidiana, el deporte, la prensa periódica, el género, constituyen solo algunas de las vías de socialización de este producto de la modernidad capitalista.

Indagar entorno a la figura de Rafael Montoro, supone reconocer su cualidad de ideólogo del proyecto político autonomista cubano, de suyo, opuesto a la constitución de la nación cubana, lo cual presenta una aparente contradicción: ¿acaso es posible participar en la construcción de la ideología nacionalista sin aceptar el ideal de la nación? Es el criterio de quien escribe que el complejo proceso identitario de formación del imaginario nacionalista no puede reducirse a la labor de los partidarios del independentismo. Como afirma Oscar Loyola:

De lo que se trata es de entender que en la dialéctica de la evolución histórica nacional durante el siglo XIX, y muy especialmente en su segunda mitad, la plena conciencia de la necesidad de un cambio social que enrumbase de manera diferente el desarrollo insular, no fue patrimonio de una ideología específica (1998, p. 24).

Por este motivo, el presente texto propone —y toma la figura del verbo autonomista como caso de estudio— una lectura de dicho proceso en base al hecho de la pluralidad de voces y a la heterogeneidad necesaria e inherente a todo proceso identitario.

DESARROLLO

Montoro ¿nacionalismo vs. patriotismo?

Importantes estudiosos de la nación y el nacionalismo tales como Clifford Geertz (2000), Eric Hobsbawm (1998) (2002), Ernest Gellner (2001) y Benedict Anderson (1993) —en correspondencia con la tendencia historiográfica actual, la cual revaloriza el peso de la cultura en las transformaciones sociales—, han contribuido a establecer un consenso, más o menos difundido, según el cual, la nación y el nacionalismo deben apreciarse como construcciones sociales (Berger & Luckman, 1993), esto es, la producción social y la socialización de estructuras simbólicas de cierto tipo.

En este sentido Hobsbawm (1998) afirmaba compartir en su momento las ideas de Gellner en cuanto al elemento de artefacto, invención e “ingeniería social” del proceso de construcción de las naciones y consignaba la siguiente propuesta del último:

Las naciones como medio natural, otorgado por Dios, de clasificar a los hombres, como inherente... destino político, son un mito; el nacionalismo, que a veces toma culturas que ya existen y las transforma en naciones, a veces las inventa, y a menudo las destruye: eso es realidad (p. 2).

Con esta idea se manifiesta la esencia cultural del complejo proceso social así como lo imprescindible de abordar el tema con profundidad culturalológica.

Pero es Benedict Anderson (1993), sin dudas, quien haya ejercido mayor influencia dentro de los citados estudios³ con su propuesta de aproximación antropológica que aprecia la nación como "(...) una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana (...)" (p. 23). A decir de Anderson (1993), sus "comunidades imaginadas" existen, aun en las más pequeñas, sin que todos sus compatriotas se lleguen a conocer; son limitadas porque las naciones no aspiran a circunscribirse geográficamente en el globo terráqueo, aunque sus fronteras sean elásticas; soberanas porque este es el principio de la modernidad que concilia y legitima la institución nacional con sus integrantes individuales; y por último, se imagina como comunidad, porque aunque la existencia de la desigualdad, la discriminación y la explotación en su seno es un hecho (por motivos étnicos, religiosos, lingüísticos, etc.), siempre existe un sentimiento especial de camaradería y familiaridad (Anderson, 1993, pp. 23-25). De esta forma se entiende que las narrativas de la nación sostienen el edificio del imaginario social nacionalista.

Los razonamientos de Anderson (1993) tienen su piedra angular en su concepto de "capitalismo impreso": el volumen de información-cultura impresa que al socializar determinados mensajes, dan forma a un imaginario social en el que el territorio, el tiempo histórico y la cultura de la comunidad en concreto, socializados vastamente — aunque las vías de socialización no se limiten a la información impresa—, actúe como factor de cohesión social.

Puede apreciarse que existen elementos recurrentes como la producción social de símbolos y su respectiva socialización, lo cual nos lleva a pensar en los elementos activos y pasivos de este proceso. Justo es decir que el fenómeno puede apreciarse desde dos perspectivas al menos, una colectiva que destaca a los actores populares y otra individual, la cual destaca el rol de los intelectuales.⁴ Ambos son importantes y ambos reciben la atención actual de la crítica dentro y fuera de Cuba. Desde la primera aproximación, Marial Iglesias (2002) ha entregado uno de los más acabados ejemplo con su texto *LAS METÁFORAS DEL CAMBIO EN LA VIDA COTIDIANA: CUBA 1899-1902*, cuya propuesta de estudiar el imaginario nacionalista desde sus particularidades regionales, aquí rescatamos desde la perspectiva que privilegia el trabajo intelectual de Rafael Montoro durante el periodo entre guerras.

La obra de Montoro participa en la actualización de la tradición y la nueva "jerarquización de lo propio" estudiadas por Basail (2004) en la cual el "(...) entrecruzamiento de valores emergentes, nuevas ideas y valores de la tradición

³ No obstante ha recibido la certera crítica de Partha Chatterjee (1993), representante de los estudios subalternos y poscoloniales hindúes, autor que, aun cuando asume sus conceptos, reafirma la posibilidad de las nuevas naciones poscoloniales de crear estructuras e instituciones nacionalistas arraigadas en la tradición local y no solamente asimilando los modelos eurocéntricos.

⁴ Pueden también realizarse estudios que aborden a la intelectualidad como capa social y no en sus personalidades.

hispano-cubana (...) densificó el entramado ideológico⁵ (pp. 84-85). Las personalidades consideradas "precuroras de la nueva identidad" fueron tema de debate durante este periodo, pues evidenció la virtual superposición del debate cultural-identitario con el político. Se produjeron numerosas reimpresiones de obras consideradas clásicas, al igual que sus autores —Saco, Luz, Bachiller y Morales, etc.— e impresas las de una nueva generación en la que frecuentemente se veía la continuidad —Varona, Sanguily y el propio Bachiller como figura de transición intergeneracional—. De acuerdo con este autor: "Se hizo un balance de la producción cultural y revalorizó a poetas y novelistas como, Plácido, Milanés, Fornaris, Poveda, El Cucalambé, Villaverde, Armas y Céspedes, Suárez Romero, Mesa, Betancourt, Morúa y Heredia" (Basail Rodríguez, 2004, p. 85). Dentro de este movimiento de ideas manifiesta Montoro sus ideas patrióticas, marcadas por un raigal intelectualismo y exclusivismo cultural, no exento de intereses políticos particulares.

Algunos estudiosos españoles como José Ignacio Lacasta (citado por (Abellán, 1988) han caracterizado a Montoro con los siguientes tonos:

[...] con ideas antisocialistas y antidemocráticas, partiendo de la desigualdad social que juzgaba justa y conveniente, dada la "superioridad natural" de las clase dirigentes. Llamaba contra el nefasto "espíritu nivelador que lucha inútilmente con las desigualdades más necesarias que experimentan los hombres desde los tiempos más primitivos de la sociedad" (pp. 572-573)

Un hombre que, en efecto, subordinaba en el nuevo proyecto de autogobierno la representación de las clases bajas de negros y mulatos, campesinos, colonos, y que afirmaba una concepción de "lo cubano" que debía inclinarse a privilegiar el lugar de las clases medias y las élites, así como sus valores morales. De la misma forma en que enalteció a los más importantes representantes del pensamiento criollo protonacional, entre ellos: José Agustín Caballero, Félix Varela, José Luz y Caballero, Domingo del Monte y José Antonio Saco, apropiándose así "[...] del inmenso legado histórico cultural del pueblo cubano al vincular su proyecto político con el surgimiento de la nacionalidad [...]" (Abellán, 1988, p. 164). Montoro legitimó un nosotros con una historia y un sentido político, específico y exclusivo.

A pesar de todo, sus aportaciones al proceso de formación de una identidad cubana política y culturalmente distintas a la española, son indiscutibles. Uno de los rasgos dentro del espacio de la obra montoriana dedicado a la exaltación de las personalidades cubanas más excelsas, fue el de la progresiva legitimación de una

⁵ Una de las más interesantes polémicas del periodo fue la ocurrida en torno a dos textos biográficos sobre la personalidad de José de la Luz y Caballero, escritos por Manuel Sanguily y José Ignacio Rodríguez. Otra, fue la ocurrida en torno al significado literario y patriótico de la obra de Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido), entablada entre Sanguily y Juan Gualberto Gómez.

genealogía de figuras fundadoras del *alma* o *espíritu* cubano, es decir, figuras en las cuales se encarnan todos los valores significativos del ser cubano. En este sentido, también intentará establecer el vínculo entre las generaciones anteriores al 68 y las posteriores, resaltando la continuidad histórica del ideal patriótico del reformismo cubano, en detrimento de todo el imaginario patriótico revolucionario que había brotado durante y luego de la década bélica⁶.

Puede incluso afirmarse que creyó, como Martí, en la existencia de hombres virtuosos que sentían con especial profundidad las necesidades de su tiempo y su patria. Martí (citado por (Álvarez Álvarez, *Cultura y nación en José Martí*, 2015), postularía en 1875: "Las naciones, en sus períodos críticos, producen hombres en quienes se encarnan: hombres nacionales" (p. 48). Montoro, aunque impedido por su cultura política a pensar en términos nacionalistas, sin embargo, sí afirmó la convicción patriótica de estos hombres —y mujeres— representativos. Sobre esta base, en su opinión, tendrían participación esencial los próceres príncipeños en el cuerpo patriótico insular.

En un discurso pronunciado en Puerto Príncipe en el 3 de diciembre de 1886 en el que se mezclan criterios sostenidos a lo largo de su vida con halagos populistas de representante político,⁷ al referirse a la tradición camagüeyana en cultura y política, afirmaría: "La historia de los últimos decenios es, por más de un concepto, la historia del Camagüey" (Montoro, 1930a, p. 170), declaraba incluso que el pasado camagüeyano, que era el de Cuba, se podía resumir en algunos nombres. Esta pieza oratoria apela al pasado para lograr entender el presente de la sociedad cubana, su significado y necesidades. En este sentido, interpretar Cuba para Montoro, significaba no solo recordar nombres representativos, sino además las historias particulares de las regiones todas de la isla en tanto unidad orgánica. Definía a Camagüey como "[...] el centinela avanzado del espíritu cubano, defensor y mártir de todas sus decisiones, personificación augusta de sus virtudes y de sus pasiones generosas, enérgico precursor del porvenir [...]" (Montoro, 1930a, p. 171), proyectando así una imagen holística y a la vez esencializadora de "lo cubano".

Uno de los rasgos camagüeyanos —y consecuentemente distintivos de los cubanos—, era la práctica de la libertad en la cual creía ver la sabiduría antigua: "[...] libres por la soberana independencia del pensamiento y de la voluntad, libres por la altivez del carácter, libres por el culto incondicional de la justicia y por el supremo desprecio de la tiranía" (Montoro, 1930a, p. 171). Todos estos rasgos libertarios encarnados de

⁶ En varios lugares se ha señalado —por citar algunos, en los textos de Antonio Bermejo Santos, Antonio Martínez Bello y también en la obra de Alejandro Sebazco Pernas— el hecho de que Rafael Montoro no fue capaz de valorar el arraigo popular del imaginario revolucionario en la isla. Dicha incapacidad se debió a la cultura política que defendió toda su vida y que fue contraria a todo despliegue de violencia revolucionaria, en la cual solo constató irracionalidad e incivilización.

⁷ Montoro había sido elegido por la región de Puerto Príncipe como diputado a las Cortes de España, por lo cual es lícito sospechar que buscaba en cierta medida halagar a su público elector. Por otra parte, este discurso histórico político que vinculaba generaciones de cubanos es consistente no solo con la propuesta general de Sebazco Pernas, sino con toda la obra de Montoro en particular, razón por la cual, consideramos acertado concederle cierta veracidad a sus planteamientos en el marco de este discurso político. De cualquier forma, resulta tan importante a un estudio acerca de la construcción del nacionalismo las afirmaciones espontáneas como las manipulaciones políticas, ambas ayudan a consolidar la idea de la comunidad nacional.

diferentes formas en La Avellaneda, El Lugareño, José Ramón Betancourt, hasta llegar a la figura de Enrique José Varona. El Lugareño (citado por (Montoro, 1930a), una de las figuras que mayor espacio dedicó en sus reflexiones históricas, representaba "(...) el despertar de todas las energías morales y materiales del pueblo cubano, cuando adquiere la conciencia de sí y la de sus destinos" (Montoro, 1930a, p. 172-173). Lo ubicaba dentro de la generación fundacional del espíritu cubano:

Es hermano, en espíritu y verdad, de José A. Saco, de don José de la Luz y Caballero, de Posos Dulces, de Echeverría, de Domingo del Monte,

[...] extiende y agiganta su producción, multiplica sus ganados, adelanta las industrias, aumenta sin cesar sus centros de población, donde los viajeros se admiran de encontrar un trato cubano, culto y amenísimo; y creándole toda una literatura regional que ha dado en los distintos géneros varones que ya disfrutaban de universal aplauso en Madrid y en toda Europa, fórmase una conciencia pública superior, y con esta una personalidad propia, y con esta propia personalidad un derecho indiscutible a la autonomía (Montoro, 1930a, p. 172-173).⁸

Este pasaje resulta instructivo por más de un concepto. Montoro, al igual que Vidal Morales y Morales en su texto PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA, INICIADORES Y PRIMEROS MÁRTIRES DE LA REVOLUCIÓN CUBANA (1904), ubica a Gaspar Betancourt Cisneros en un nivel similar a otras figuras más reconocidas como Saco, Luz, Del Monte y Francisco Frías Jalcott, como prócer a una escala insular, aunque varios años antes. La memoria histórica que legitimó en este sentido, si bien estrechamente vinculada a los valores que sustentaran una tradición política intelectual y reformista en la isla, fue inclusiva y aglutinadora. Desde otro ángulo, Montoro señala un elemento de importancia vital: el lugar de la literatura desarrollada en la isla como fomento de la identidad cubana. El lugar que le otorga a la literatura específicamente, y a la actividad cultural e intelectual en general, es de enorme importancia.

La labor literaria de Montoro muestra el carácter ideológico al cual hiciera referencia Cintio Vitier (citado por (Cordoví Núñez, 2003), en la cual patentiza su preponderante vocación patriótica y actitud cívica. Estos rasgos gustaba destacar en otros y evocar como los signos más genuinos del surgimiento del espíritu cubano, sin perder de vista el análisis literario en sí.

Un elemento que ilustra la opacidad con que se manifestó la exaltación de figuras intelectual de excepcional y representativa valía para la intelectualidad insular criolla se

⁸ Montoro afirmaría en este discurso que estos personajes resumían en sus recorridos vitales el ideal autonómico, cuestión que olvidaba toda la trayectoria anexionista de la figura de Gaspar Betancourt Cisneros.

expresa en los dos primeros nombres incluidos en la selecta lista de Montoro: Heredia y la Avellaneda. En relación al primero, es bien conocido el argumento sostenido por una figura tan significativa para el nacionalismo independentista cubano como Manuel Sanguily (1930) —como respuesta a las ideas sostenidas por Manuel de la Cruz— en su artículo titulado JOSÉ MARÍA HEREDIA NO ES POETA CUBANO. Ya el título explica su posición sustentada en varios puntos no carentes de razón: el medio en el cual el escritor escribía, la lengua en que lo hacía y los temas que abordaba. Lo que aquí constituye para Sanguily un cuestionamiento de identificación patriótica, no lo es para Montoro quien, sin mayores rodeos, lo define como poeta cubano en más de una ocasión a lo largo de su obra.

En cuanto a La Avellaneda y su inclusión o no dentro del panteón cubano de figuras fundadoras, se ha escrito incluso desde la época en que la poetisa vivía. Un investigador de este tema, Luis Álvarez Álvarez, ha estudiado el problema a lo largo de la historia literaria de Cuba, pudiendo observar un hecho claro: una opinión excluyente de La Peregrina como parte de las letras cubanas. Este fue un criterio presentado por Fornaris en la década del 60 del siglo XIX y luego avalado por figuras de la talla de Cintio Vitier y de José Antonio Portuondo (Álvarez Álvarez, 2002). Álvarez, junto a Manuel de la Cruz y Dulce María Loynaz, reivindica su pertenencia a la literatura cubana como uno de sus momentos más brillantes.

Montoro (1930c) incluyó en varias ocasiones la obra de la poetisa dentro del “nosotros” (p. 414) cubano que él defendía y, aun cuando los prejuicios de géneros de la época no le permitieron aceptar la posibilidad de su inclusión dentro de la Academia española, consideró a la camagüeyana digna de ser electa. La apropiación simbólica de su obra como signo de orgullo patrio fue definida con nitidez durante su discurso en Puerto Príncipe. Montoro se apoyaba en el juicio del crítico español Juan Valera al exaltar a la poetisa en la historia de la literatura universal, al nivel de Safo y Victoria Colonna,⁹ no obstante, dentro de la particular historia patria, el significado asignado era el “del genio y el poder del espíritu cubano” (Montoro, Obras, 1930c). Así decía:

[...] sería por demás insignificante la crítica que creyese a la Avellaneda sin relación alguna con el pueblo en que nació. Ella, al menos, cuidó de negarlo siempre, afirmando con amor su relación necesaria y consubstancial con el espíritu de la sociedad en que nació y de quien provenía física y moralmente todo su ser. Ella fue siempre cubana, y lo que es más, principañá. Ella dedicó su novela predilecta a la pintura de vuestras costumbres; sus cantos más sentidos, a la venerada religión de vuestros padres; su salutación más ardiente, al egregio cantor del Niágara y de las

⁹ Reconocida poetisa de la región de Italia que desarrolló su obra durante el Renacimiento.

libertades americanas, a José María Heredia; ella, en fin, sin dejar de ser, por su sangre y por su lengua, gala y ornamento de la común nacionalidad española, representó, no obstante, el genio, la capacidad, la nativa idealidad poética del pueblo cubano, tal como a solas con la naturaleza y con sus vagos ensueños se espaciaba en los tranquilos hogares de esta antigua ciudad [...] (Montoro, Obras, 1930c, pp. 171-172).

La cita, extensa por necesidad, ilustra varias ideas importantes. Primeramente Montoro reconoce el valor del hecho volitivo de pertenecer, es decir, de que la poetisa se sintiese parte de Cuba, a la vez que principena de forma particular, en una especie de ascensión a través de estratos identitarios. Según Montoro, el "espíritu de la sociedad" en que naciera y formara sus iniciales concepciones del mundo, ejercía un imperio innegable sobre su personalidad y sobre su obra. Aun así, la ascendencia y la lengua hacían de la Tula parte de la nacionalidad española en tanto matriz civilizatoria desde la que partía toda cultura digna de llamarse tal en la isla según su criterio. Inserta dentro de este núcleo duro, había que encontrar los signos de "lo cubano", porque su genio, capacidad e idealidad poética, eran patrimonio del pueblo cubano.

El signo cubano se evidenciaba en SAB, novela que no solo "pintaba" las costumbres locales sino que además denunciaba la inmoralidad y la deshumanización inherentes a la esclavitud. La catolicidad profunda del pueblo camagüeyano —elementos representativo de su cultura— había tenido en la Avellaneda una de sus cantoras más inspiradas. Como cumbre de su cubanía observaba el tributo que había rendido a José María Heredia, símbolo de "las libertades americanas", argumento con que destacaba la esencia libertaria del espíritu del nuevo continente, pero además símbolo ampliamente reconocido del patriotismo y digno representante de la cultura cubana. En este sentido Montoro afirma la comunidad de representantes de la legítima cultura en la isla, la tradición cultural que afirmaría la singularidad cubana dentro de la nacionalidad común española. En otras palabras, rinde tributo a generaciones pasadas con lo cual se revive la tradición y se consagra la genealogía intelectual y cultural de la isla, único elemento, en su opinión, con el potencial de representar el patriotismo cubano y sus valores espirituales imperecederos.

Montoro (1930b) admitiría que luego de la expulsión de los cubanos de las Cortes españolas en 1837 y ante la imposibilidad de acceder a cargos públicos, la élite criolla habían manifestado sus aspiraciones políticas a través de la literatura y los estudios literarios. De ahí la importancia del estudio de esta manifestación artística no solo desde el prisma literario, sino también desde el patriótico.

En tanto crítico literario, Montoro perfilaría las necesidades de la cultura en la isla en pos de una personalidad cubana moderna, y por esta razón señalaría a Enrique Piñeyro ciertas carencias inexcusables a su obra titulada POETAS FAMOSOS DEL SIGLO XIX. En su

criterio, el texto —de innegables valores— “prescindía en su análisis de la literatura cubana considerar atentamente a los insignes poetas cubanos Heredia, Plácido, Milanés, la Avellaneda y Luaces” (Montoro, Obras, 1930b, pp. 307-308). En otro momento, y de igual modo, ejercería su reconocido criterio sobre la figura literaria de Rafael María de Mendive. Se aproximó entonces a la poesía cubana y señaló que con excepción de algunos pasajes de ciertos escritores como Milanés, Del Monte, Luaces, Tolón, “[...] las sublimes imprecaciones de Heredia, las grandiosas agitaciones del alma de Gertrudis Gómez de Avellaneda, o los versos filosóficos de Varona [...]” (Montoro, Obras, 1930b, p. 319), el mayor mal del cual adolecía la “poesía cubana” era las contadas veces en que llegaba al clímax de la inspiración, es decir, al “fuego de las grandes paciones”. En ambos casos puede señalarse que autores como La Tula y Varona se encuentran en el centro de su reflexión en torno a los valores intrínsecos de la cultura en isla. Con este último existirían relaciones cordiales y de personal estima que trascenderían las diferencias políticas.

Aurelia Castillo, la reconocida escritora camagüeyana y uno de los puntos más altos de la literatura regional de fines de siglo, recibió elogios de Rafael Montoro, especialmente sus “observaciones de viaje” —UN PASEO POR EUROPA— por países del Viejo Continente publicado en 1891. Era uno de los pocos “libros cubanos” dignos de llevar ese nombre, según el intelectual liberal, debido a que no traía lamentos ni fantasías desilusionadas de sus viajes como sucedía regularmente. En su lugar, mostraba un compromiso a prueba de toda distancia geográfica y cultural, ostensible en las enseñanzas que necesitaba el pueblo de Cuba para engrandecerse e ilustrarse, culminando con un epílogo acerca de la precaria situación social de la isla (Montoro, Obras, 1930b). Es preciso recordar la ostensible intención la Castillo de glosar la vieja Europa y a la vez injertar a Cuba en el mundo como ente singular (García Yero O. (Comp.), 2017). En el estilo de la camagüeyana creía ver algo de su compatriota, La Tula, quizás también en sus reflexiones filosóficas y espirituales sobre el devenir del siglo (Montoro, Obras, 1930b).

Apreciaba con profundo respeto y admiración el hecho de que, aun transitando por las mayores urbes europeas, no se limitaba a celebrar su naturaleza, su arte o su historia, sino que intercalaba reflexiones sobre la patria y “su calvario”. Montoro llega a identificarse con el valor patriótico de las reflexiones epilógicas de la autora cuando analizaba la compleja situación de posguerra:

En medio social tan abigarrado y heterogéneo como el nuestro, cuando a la transición política, penosísima e indecisa, únese tan grande transformación social como aquella que sacó de las ergástulas a 400 ó 500,000 seres humanos, y el advenimiento súbito de la libertad de palabra en país sometido casi siempre a la censura y al silencio, y una serie de conflictos económicos y de desórdenes administrativos excitaban y excitaban fuertemente los ánimos, hay que resignarse a pasar por un periodo más o menos largo de tormentosa incertidumbre (Montoro, Obras, 1930b).

Aurelia Castillo se eleva ante la crítica de Montoro debido a que piensa el país y sus destinos. Se detiene en las preocupaciones étnicas de la clase media cubana y las posibles opciones de conciliar las diferencias y desigualdades inherentes al periodo

posterior a la manumisión masiva, mayores si se quiere, en una isla cuya cultura política había sido engendrada en el miedo, la sospecha y la represión generalizadas. Estos eran los factores que impedían la asimilación de Cuba en la modernidad capitalista y, por ende, civilizada, valores con los cuales se identificaba el intelectual.

Es preciso siempre recordar, que la interpretación montoriana de las figuras fundacionales de la historia y la cultura patrias pertenecientes al ámbito de la región principieña, se enmarca dentro de los paradigmas ideológicos propios de la figura del verbo autonomista. Esta nota crítica no obsta, sin embargo, para destacar el mérito de participar del complejo y no pocas veces contradictorio debate en el cual se constituyeron los valores del imaginario nacionalista cubano desde la tradición cultural del Camagüey. En este sentido son apreciables los rasgos identitarios señalados en las figuras camagüeyanas que subsumían su sentido de particularismo cubano. Entre ellos: el progresismo, la unidad del patriotismo cubano, el amor a la libertad en sentido más amplio, el cultivo de una literatura patriótica con vocación social, así como la capacidad y la virtud de insertar a Cuba en el mundo con signo moderno y propio, todo lo cual justificaba su propio proyecto político, pero además, la legitimidad de "lo cubano".

CONCLUSIONES

El patriotismo en su necesario vínculo con el nacionalismo —considero—, no puede concebirse solo como sinónimo de independentismo, de lo contrario no pudiéramos admirar a hombres de la talla Arango o Saco de la forma en la que hoy lo hacemos. El hecho de que un grupo de cubanos no optara por la independencia en momentos decisivos para la sociedad cubana, no implica que no sintieran amor por el país y le reconocieran vida y personalidad propias. Estos presupuestos permiten justipreciar la significación de la obra de un intelectual conservador, como lo fue sin dudas Montoro, y de su intento por cohesionar las imágenes de la tradición intelectual de la isla en un discurso patriótico que subrayase la existencia de un sustrato nutricional común para la unidad del pueblo cubano. Su patriotismo —anacrónico en cierto sentido— se enfrentaba a las aspiraciones de la mayoría de los habitantes de la isla en las décadas finiseculares signadas por el proceso independentista cubano. No obstante, persiste el valor de su obra configuradora de "lo cubano" —en consonancia con otros intelectuales de talla nacional como Varona, Sanguily e incluso, en algún grado, el propio Martí— a través del patrimonio espiritual cubano de valores patrióticos y culturales encarnados en próceres tan principieños como cubanos del fuste intelectual de El Lugareño, La Tula, Varona o Aurelia Castillo.

REFERENCIAS

- Abellán, J. L. (1988). *Historia crítica del pensamiento español* (Vol. 4). Madrid: Espasa-Calpe, S. A.
- Álvarez Álvarez, L. (2002). *Letras de Puerto Príncipe*. Camagüey: Ácana.
- Álvarez Álvarez, L. (2015). Cultura y nación en José Martí. En L. Álvarez, y O. García Yero, *Pensar la cultura en cubano* (pp. 8-68). Camagüey: Fundación Alejo Carpentier y Ácana.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica de México.

- Basail Rodríguez, A. (2004). Imagen y nación: Narrativa de la identidad en la prensa (Cuba, 1878-1895). En María del Pilar Díaz Castañón (compilación e introducción), *Perfiles de la nación*. La Habana: Ed. Ciencias Sociales.
- Berger, P. L. y Luckman, T. (1993). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Chatterjee, P. (1993). *The Nation and it's Fragments. Colonial and Postcolonial Histories*. Princeton: Princeton University
- Cordoví Núñez, Y. (2003). *Liberalismo, crisis e independencia en Cuba, 1880-1904*. La Habana: Ed. Ciencias Sociales.
- García Yero O. (Comp.). (2017). *Cartas de viajes. Aurelia Castillo de González (Comp.)*, Camagüey: Ácana.
- Geertz, C. (2000). *La Interpretación de las culturas*. Barcelona: Ed. Gedisa.
- Gellner, E. (2001). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hobsbawm, E., y Ranger, T. (Edits.). (2002). *La invención de las tradiciones*. Barcelona: Ed. Crítica.
- Hobsbawm, E. (1998). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Grijalbo Mandadorí.
- Iglesias Utset, M. (2002). *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902*. La Habana: Ed. Félix Varela.
- Loyola, O. (octubre 1997 - marzo 1998). La alternativa de un 98 no consumado. *Temas. Sociedad, cultura e ideología*, (12-13), 19-26.
- Montoro, R. (1930a). *Obras (Vol. T. 1)*. La Habana: Culturales, S. A.
- Montoro, R. (1930b). *Obras (Vol. 2)*. La Habana: Culturales S.A.
- Montoro, R. (1930c). *Obras (Vol. 3)*. La Habana: Culturales S.A.
- Sanguily, M. (1930). *Obras de Manuel Sanguily. Juicios literarios (T. 7, libro 2º)*. Cuba: Molina y Co.